

Ideología del progreso, modernidad y mundo social en la élite argentina del 80

Por Carlos Paz

Carlos Paz. Historiador

La Argentina criolla comenzó a apagarse lentamente después de las batallas de Caseros y Pavón. Y, a pesar del grado de arbitrariedad que supone toda periodización, puede decirse que 1880 señala su extinción definitiva y el nacimiento de la Argentina moderna.

Los constructores de esta Argentina moderna fueron los hombres agrupados en la llamada generación del '80. Roca, Pellegrini, Wilde, Cané, Juárez Celman, Mansilla, Cambaceres y Lucio V. López, entre otros, fueron los representantes privilegiados de una élite que tomó a su cargo la misión de ordenar el país y encamilarlo por la senda del progreso. Así como la civilización había sido el **deus ex machina** de los arquitectos de la organización nacional, el progreso sería el sagrado ideal de quienes se consideraban a sí mismos discípulos y sucesores de aquellos varones que aún los contemplaban desde su ilustre ancianidad como Sarmiento y Alberdi.

El método de interpretación de la realidad suministrado por el Facundo, el programa de acción diseñado en las Bases y un difuso positivismo comteano puesto de moda en América, constituyeron el armazón sobre el cual se articuló la ideología del progreso que sustentaría el proyecto de modernización. La formulación oficial de la adopción de esta ideología por la clase gobernante corrió por cuenta del mismísimo Roca, al anunciar los propósitos que perseguiría su primera presidencia, iniciada justamente en 1880: **"Paz y administración"**. El lema condensaba las enseñanzas de Comte. Si se pretendía marchar hacia una sociedad superior, primero había que ordenar sus elementos. Así lo creía el filósofo francés y así lo proclamaban las banderas del positivismo: **"El progreso es el desarrollo del orden"**.

Los hombres del 80, armados con las ideas de sus mentores criollos y de sus maestros europeos, particularmente Comte, Spencer y Stuart Mill, dedicaron todas sus energías a la construcción del progreso nacional. Veían al progreso como un fin en sí mismo y no dudaban que el futuro del país dependía de los pasos que dieran en su búsqueda los hombres ilustrados en la moderna filosofía social. Todo se subordinó a esta loable aspiración y se creyó ciegamente en que su consumación permitiría edificar una sociedad mejor, donde imperaría la libertad, la democracia y la armonía social. Para ello, y como parte central del proyecto modernizador, se confiaba en los beneficios de la educación. El pueblo sería educado de acuerdo a estos principios, circunstancia que sumada al bienestar económico daría por resultado la ecuación del progreso y el porvenir maravilloso.

Esta creencia alimentó un optimismo casi irresponsable en la clase dirigente y los cálculos más venturosos se tejieron con cierta imprevisión, al extremo de vaticinarse que la Argentina contaría con una población de 50 millones de habitantes en las primeras décadas del siglo XX.

La prosperidad económica, la afluencia de capitales, la multiplicación de los negocios, el incremento de la red ferroviaria, el desarrollo urbano y los nutridos contingentes de inmigrantes que venían a hacer la América alentaron esta ilusión y constituyeron la espléndida apariencia de una modernidad que comenzaría a mostrar tempranamente sus fisuras.

El presente se convirtió para los hombres del '80 en un dorado espejismo; el pasado, en cambio, sólo les despertó un imperioso olvido. Habían aprendido a identificarlo con el oscurantismo atribuido a la época colonial, con los caudillos federales alzados, con la amenaza de las masas provincianas y con la mano de hierro de Rosas. Nada que no fuera el rechazo lo unía al pasado. Y rompieron con él. Creyeron, casi con ingenuidad, que si deseaban conducir el país hacia el progreso debían dejar atrás su historia.

Este encandilamiento con el presente, amamantado por el esquema sarmientino, tuvo su correlato social y geográfico. Las clases bajas criollas, reminiscencia de las temibles montoneras, fueron abandonadas a la pobreza, acorraladas en los suburbios y excluidas de la aventura del progreso. El interior, asociado también a la anarquía y la barbarie, fue postergado y todos los adelantos se desviaron hacia Buenos Aires, fortaleciendo su antiguo engrimiento de creerse centro de la civilización. El imposible sueño de Alberdi de trasplantar Europa al continente americano tomó cuerpo en la idea de convertir a Buenos Aires en una gran capital a la europea, símbolo de la modernidad desembarcada en el Río de la Plata.

Así, la ideología del progreso se constituyó en la racionalización del modelo agroexportador impulsado por la élite, surgida casi exclusivamente del bloque social hegemónico constituido por la burguesía portuaria, la burguesía ganadera bonaerense y ciertos sectores de la burguesía provinciana. La rabiosa adopción de los principios que propagaba el liberalismo europeo, la subordinación económica a los intereses del capitalismo británico y el vasallaje cultural a Francia fueron vistos como gestos que beneficiaban al país y daban cuenta de sus avances en la senda del progreso.

Los constructores de la modernidad criolla habían aprendido con Comte que el poder político debía ejercerlo una nueva aristocracia de hombres de ciencia y de negocios. Esta élite, según el autor del Curso de filosofía positiva, **"debía tener la facultad de imponer su esquema uniforme de valores Críticos a todos los ciudadanos" -1-**

No podían venirle mejor estas ideas al patriciado nativo, que siempre se había creído llamado a gobernar el país de acuerdo a sus intereses y sus convicciones, despreciando, ignorando o reprimiendo cualquier disenso, **"Nosotros somos la clase patricia de este pueblo -proclamaría uno de los personajes de La gran aldea-, nosotros representamos el buen sentido, la experiencia, la fortuna, la gente decente, en una palabra. Fuera de nosotros, es la canalla, la plebe, quien impera. Seamos nosotros la cabeza; que el pueblo sea nuestro brazo" -2-**

Estas ideas, que la nueva generación le reprochaba a la vieja dirigencia porteña no constituían, sin embargo, una novedad en la vida política argentina. Moreno y Monteagudo creían que sólo una minoría de hombres ilustrados podía educar a las masas y conducir las hacia la libertad. Rivadavia y su círculo habían llevado esta creencia hasta el paroxismo. También Echeverría, Sarmiento y Mitre, cada uno a su manera, habían compartido esta ideología exclusivista que reservaba la dirección de la sociedad para una minoría propietaria de la riqueza y la cultura. Curiosamente, a pesar de sus reproches, los hombres del '80 volvieron a hacerlas suyas en nombre de la modernidad y frustraron así sus declarados propósitos de apartarse de las tendencias aristocráticas hasta entonces predominantes en la sociedad argentina.

Los cambios materiales, realizados al abrigo de la ideología del progreso, transformaron radicalmente la mentalidad y el estilo de vida que habían caracterizado a la Argentina criolla. La expansión económica trajo consigo el predominio de filosofías utilitarias, cuya manifestación práctica fue el surgimiento de un espíritu especulativo que rebalsó todos los límites. La primacía de la economía sobre la política y la sacralización del lucro se erigieron en los rasgos dominantes de la época que se inauguraba.

Sólo se estimaba el poder del dinero y la habilidad para hacer fortunas en el menor tiempo posible. El modo de conseguirlo importaba poco y ninguna norma ética parecía lo suficientemente fuerte como para impedir la generalización de la corrupción.

Las nuevas motivaciones económicas alteraron las ideas, los valores y las conductas tradicionales e incidieron en la estructura social. La presencia del inmigrante, con su tenacidad, su insaciable sed de riquezas y su pragmático sentido de la vida, hasta entonces desconocido en estas tierras, que se reflejaba en su extraordinaria capacidad de trabajo y ahorro, contribuyó en gran medida a los cambios que experimentó la clase dirigente y la sociedad en su conjunto.

Buenos Aires en 1880 contaba con más de 250.000 habitantes, la mitad de ellos extranjeros. La compacta afluencia inmigratoria se prolongó durante varios años, acentuando aún más el carácter cosmopolita que había tomado la ciudad. En sus calles todavía aldeanas se topaban el militar criollo con el mercachifle de ultramar, el zapato de charol con la bota o la alpargata, la elegante levita del señor con el fez rojo del turco buhonero. Por un lado se construían esplendidos palacios, con amplios salones destinados a la recepción, atestados de muebles y de obras de artes, cuya rebuscada opulencia contrastaba con la vieja intimidad del trato y del recibo que había caracterizado a la vida porteña de mediados de siglo; y por el otro, se multiplicaban los conventillos, albergue de inmigrantes, proletarios, desocupados, rufianes, donde todos vivían hacinados, compartiendo las privaciones y las desventuras de una existencia miserable, flaca de esperanzas.

Entre estos extremos surgió un estrato intermedio, compuesto fundamentalmente por los parientes pobres de la gente decente y los extranjeros que habían tenido la oportunidad de enriquecerse. Los unos compensaban su falta de fortuna con el alicaído prestigio de su pertenencia familiar; los otros, en cambio, disimulaban con su riqueza la oscuridad de sus orígenes sociales.

Esta incipiente burguesía se apropió a su modo de los valores utilitarios dominantes y también consideró a la posesión de riquezas como un fin en sí mismo, en la medida en que la veía como el único instrumento que podía facilitarle el ascenso social que la obsesionaba. Esencialmente económico, el nuevo sector no se propuso reemplazar a la elite criolla, sino que trató de convivir con ella en los centros urbanos. Sus miembros hicieron lo imposible para que la vieja aristocracia los aceptara y les permitiera incorporarse a su exclusivo mundo de lujos, ocios y privilegios. Esta coexistencia provocó un recíproco cambio de actitudes y una modificación en los comportamientos sociales.

Aunque los recién llegados no le disputaban el poder político, la élite se replegó sobre sí misma y protegió su aislamiento con códigos propios que le permitieran estirar o por lo menos conservar las distancias que la separaban del resto de la sociedad.

Sin renunciar a su proyecto modernizador, liberal, individualista y europeizante, ni a su retórica acerca de la civilización, la democracia, la igualdad y la moral, se constituyó en un grupo virtualmente cerrado, creador de clubes exclusivos, multivinculado por lazos familiares, profesionales, políticos y económicos. El monopolio de la función pública, que convirtió a la

mayoría de sus miembros en funcionarios vitalicios, y el riguroso sistema de admisión imperante en sus centros sociales fueron las manifestaciones más visibles de este enquistamiento realizado en nombre de la modernidad y el progreso. Los mismos hombres que jugaban whist en el Club del Progreso nutrían los partidos políticos, debatían en el Congreso, ocupaban los ministerios, desempeñaban misiones diplomáticas, dictaban cátedras y conferencias, escribían libros y periódicos, se encontraban en los salones y los teatros, se hacían favores, recibían créditos y tierras, poblaban los directorios de las sociedades anónimas y desempeñaban cargos en las empresas extranjeras radicadas en el país.

Este incuestionable y casi irritativo alarde de hegemonía política, económica, social y cultural, originó a su vez otras actitudes sociales propias de la sociedad pecuniaria que se estaba cimentando. La riqueza se orientó hacia el consumo de bienes improductivos, como un síntoma de honorabilidad, de proeza y de dignidad social. Este consumo ostentoso, tal como lo describiera Veblen en su clásico libro, implicó la adopción de usos, modas y cánones estéticos que no sólo constituyeron una prueba de hidalguía, sino que obraron como controles sociales informales, desde que su incumplimiento sancionaba al transgresor con la exclusión del gran mundo.

Todas las manifestaciones de la vida social, aún las más triviales, quedaron sujetas a las nuevas formas, que se transformaron en una simbolización del dominio que la elite ejercía sobre el resto de la sociedad. El ritual fue extremadamente severo, tanto en la esfera pública como en la privada. El trato no debía ser familiar; los paseos por Palermo, que permitían a las mujeres exhibir sus modelos y sus joyas, exigían un coche de lujo; había que disponer de abonos en ciertos teatros; asistir a determinadas confiterías; consumir productos importados de París, Londres o Hamburgo; los cortejos fúnebres debían seguir un itinerario establecido, porque el mínimo desvío importaba confundir al ilustre finado en un cualquiera.

Las casas perdieron el estilo italiano dominante a mediados del siglo y se transformaron en residencias que respondían **"al modelo petit chateau o grand hotel particulier, inspirado por las mansiones construidas por Jacques Ange-Gabriel, durante los reinados de Luis XV y Luis XVI en los alrededores de la Plaza de la Concordia, y también por los Trianones del parque de Versailles"**. -3-

Los cambios no se limitaron al aspecto externo. En su interior debían mostrar un lujo deslumbrante y el conocimiento que su dueño tenía acerca del arte europeo y oriental. Así en sus barrocos salones cohabitaban tapices flamencos con vasos japoneses, vidrios de Venecia con telas de Esmirna, en fin, todos los objetos artísticos que la imaginación lograba reunir, conforme a las exigencias de la moda finisecular y que sólo el buen gusto podía armonizar.

Esta renovación en el gusto, los modales y los hábitos de vida de la élite provocó una afectación en las costumbres que se extendió a la flamante burguesía urbana y no pasó desapercibida para los atentos testigos de la época. Fray Mocho observó con mirada socarrona las situaciones absurdas creadas por los excesos de refinamiento en que incurría la gente adinerada, preocupada por diferenciarse de todo aquello que oliera a guarango o advenedizo. Así ridiculiza a quienes apenas hablaban, porque era la moda que traían los viajeros que retomaban de París: "Pero si no se usa hablar, che... Parece que es muy ordinario, muy guarango" -4-

O se ríe de la tilinguería de aquellos que desmerecían a quien viajaba en tranvía: **"Un verdadero cualquiera que casi ni sé cómo se llama. Imaginate que es hombre de andar en tramway"** -5-

Lucio V. López, por su parte, dejó testimonio de las pautas a las cuales debía ceñirse la conversación de un hombre de mundo: **"No era chic hablar español en el gran mundo; era**

necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas, y muchas francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado, para acreditar raza de gentilhombre" -6-

La descaracterización propuesta por la clase dirigente, ansiosa por reemplazar la tradición hispano-criolla en todos los órdenes, transformó estos gestos sociales en una precaria imitación de la cultura francesa, considerada como una manifestación verdaderamente superior del espíritu humano. Todo se afrancesó. La ciudad, las casas, la vestimenta, los modales, el lenguaje. Lucio V. Mansilla, el bastonero de la generación, a pesar de su edad y uno de los más entusiastas propagandistas del afrancesamiento, exclamaría complacido: **"Buenos Aires! como quien dice París en América, porque el viejo Buenos Aires se va, y éste, poco a poco, se nos va convirtiendo en un petit Paris" -7-**

La afectación europeísta se completó con la ostentación de un saber enciclopédico pero superficial, anárquico, cientificista y teñido por cierto escepticismo ante la vida. El mismo Mansilla, con sus causeries, publicadas primero por el periódico juarista **"Sud-América"** y recogidas luego en un voluminoso libro sugestivamente titulado: **Entre-nos**, constituye un buen ejemplo de la cultura rebuscada que exhibían quienes frecuentaban el gran mundo porteño. En sus notas, escritas para el grupo y para mostrarse al resto de la sociedad como un miembro privilegiado de la élite, se entreverán citas y palabras en francés, inglés, italiano y latín, referencias históricas, estéticas, científicas, filosóficas y políticas, alusiones a Wundt, Spencer, Darwin, Shakespeare, Molière, Bacon, Stuart Mill, Cicerón, Mirabeau, Dante, Goethe, Maquiavelo, Rousseau, Dumas, Balzac, Zola y Flaubert.

Todos los protagonistas de la admirada cultura europea desfilan por sus páginas. Sin embargo, a pesar de este deslumbrante alarde de erudición, común en los miembros de la élite, ésta no fue pródiga en grandes escritores, ni en rigurosos científicos, ni en notables artistas. El propio Mansilla nunca pasó de ser un causer, un conversador brillante y ameno, inigualable, un experto en el arte del buen tono, que transcurrió sus últimos años en París sofocado por el mal de la época: el aburrimiento.

Estas actitudes de la aristocracia criolla incidieron en sus parientes pobres y en los extranjeros enriquecidos, que se desvivieron por hacer fortuna y ser admitidos en ese restringido mundo social que los incitaba a la imitación y, al mismo tiempo, los despreciaba por advenedizos. El dinero significaba la posibilidad de lograr el ansiado ascenso social, el reconocimiento de los méritos personales, la afirmación individual, el comienzo de una vida ociosa, despreocupada y elegante. El dinero era la felicidad misma y no poseerlo en el Buenos Aires del '80 constituía el peor de los pecados que un hombre podía cometer. Carlos M. Ocantos narra en Quilito las desventuras de un joven obsesionado por participar del gran mundo que se ofrecía a sus ojos: **"No sé, yo quería ser rico, pronto, pronto -confiesa el protagonista, desconsolado por su fracaso-, y no pasar la vida trabajando, para comer pan negro de viejo, como sucede casi siempre... el rico es libre y el dinero todo lo allana" -8-**

Idéntica sensación experimentaría Blanca, uno de los personajes de La gran aldea: **"...la fortuna es hoy indispensable en Buenos Aires. Sin fortuna la vida debe ser abominable. Al menos, yo no la concibo... Tengo horror, miedo, por la pobreza" -9-**

La otra cara de esta monstruosa valoración del dinero fueron los sentimientos negativos que producía la falta de fortuna. La pobreza no sólo se vivía como una desdicha, una frustración, sino como una culpa imperdonable. Manuel T. Podestá describe estas sensaciones en el espíritu del protagonista de Irresponsable: **"Estaba harto de vivir en la cueva y de aspirer constantemente**

el ambiente rancio de la miseria en un país donde todos hacían fortuna sin gran esfuerzo. Era un gran culpable y sus propósitos de enmienda tal vez llegaran tarde" -10-

Sin embargo, peor que la pobreza era la valoración social que se hacía de ella. Porque se la veía como una fuente de vicios y de enfermedades, que amenazaba la armonía del desarrollo social y conducía a una inevitable degradación moral. Esta visión inspiró las escasas preocupaciones de la gente decente por la vida miserable que llevaban las clases bajas que se hacinaban en los inquilinatos. Guillermo Rawson, en su Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires, publicado en 1885, alertaba sobre **"aquellas fétidas pocilgas"**, antro de terribles enfermedades que podían llegar **"tal vez hasta los lujosos palacios de los ricos" -11-**

Santiago Estrada, por su parte, advertía acerca de la infancia que crecía en los conventillos: **"En ellos crecen, como la mala hierba, centenares de niños que no conocen a Dios, pero que dentro de poco tiempo harán pacto con el diablo. Carecen de la luz del sol, y se desarrollan raquíticos y enfermizos, como las plantas colocadas a la sombra: carecen de la luz moral y se desarrollan miserables, egoístas, sin fuerzas para el bien. Son, pues, una doble amenaza: amagan la salud pública y amagan la moral pública" -12-**

El ambiente de Buenos Aires se tornó irrespirable por el desaforado materialismo que dominaba a sus habitantes, particularmente a aquellos que conformaban los estratos intermedios.

La libertad, el prestigio y el respeto se identificaron con la riqueza. **"Un hombre, una fortuna, oro, eso bastaba -diría Andrés en Sin rumbo-, eso abría de par en par todas las puertas, daba todo: honra, talento, probidad, reputación, fama, respeto, todo lo allanaba, todo lo brindaba, llevaba hasta la alcoba de la virgen" -13-**

Los valores y las conductas que habían prevalecido en las Buenos Aires criolla sucumbieron ante la expansión económica y las ínfulas modernizadoras de la élite. El progreso se transformó en una despiadada batalla por el lucro. Nadie parecía poder escapar de la sugestión de una ganancia cuantiosa y fácil que le abriera las puertas del porvenir o le permitiera disfrutar, aunque fuera fugazmente, del refinamiento y los placeres de una vida regalada.

José Miró, el autor de La Bolsa, le escribiría a Gregorio de Laferrere confiándole, no sin pesar, el carácter epidémico que había alcanzado esa angustia pecuniaria: **"Es imposible, de todo punto imposible, emanciparse de la influencia del medio ambiente, dejar de ser contagiado por la atmósfera de negocios que allí se respira. Todos, abogados, médicos, ingenieros, y hasta los sacerdotes! (yo los he visto) abandonan los menesteres de su cargo y se ocupan en seguir los movimientos de los títulos, de observar el valor de la tierra y de lamentar la depreciación del papel" -14-**

Esta enajenación colectiva, disimulada tras la piadosa denominación de **"fiebre del progreso"**, trajo a la superficie los peores rasgos de la ideología progresiva. El individualismo, el aristocratismo, el fraude político, la codicia, la corrupción, la especulación y el despilfarro se incorporaron al estilo de vida de la gente decente y acabaron por hacer más evidente el contraste entre la realidad y el optimismo de sus sueños modernizadores.

La clase gobernante, alarmada por las imperfecciones que presentaba el modelo, dirigió sus miradas hacia el rudo inmigrante extranjero que se enriquecía a fuerza de trabajo y privaciones. No pudo reconocer en él al hombre que Alberdi presentaba como superior al tipo nativo. Y, así como lo hiciera con el criollo en años anteriores, lo despreció, le transfirió sus culpas y lo transformó en responsable de los vicios que ensombrecían el camino hacia el progreso. **"En mi obra -reconoce Antonio Argerich-, me opongo franca y decididamente a la inmigración inferior europea, me**

reputo desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina" -15-

La élite, enceguecida por los fantasmas del conflicto social, se desbarrancaría por el peor racismo. Porque no sólo se rehusó a aceptar que el inmigrante fuera diferente, sino que lo consideró inferior y cayó en el extremo de negarle la condición humana, asimilándolo a las bestias por sus rasgos, su inteligencia o sus hábitos. Las novelas **¿Inocentes o culpables?**, de Argerich y **En la sangre**, de Cambaceres, constituyen una acabada muestra de la imagen del inmigrante que se había formado la clase dirigente. Todos los adjetivos que emplea Argerich para caracterizar al fondero José Dagiore sugieren animalidad, estupidez y lascivia. No hay más que ver el retrato que traza del itallano en su noche de bodas: **"el fauno no quería repugnar y trataba de desinfectar su boca de los miasmas que contenía... El sátiro no podía estar más deforme. El pelo revuelto y enmarañado le ocultaba su frente pequeña y deprimida. Los ojos supuraban unas lagañas glutinosas de color blanquizo, con vetas amarillas. De la boca le caía una baba espesa que descendía por la camisa desabrochada a su pecho ancho y exhuberante de vegetación cerdosa. Dagiore estaba repugnante y Dorotea se arrepintió mil veces, al contemplarlo, de haber unido su suerte con este cerdo disfrazado de hombre" -16-**

Cané, verdadero paradigma de la aristocracia criolla, extendería su rechazo a todas las razas consideradas inferiores: **"No he visto nada más feo -escribe acerca de los negros de Martinica- más repulsivo, que esos negros sudorosos; me daban la idea de orangutanes bramando de lascivia" -17-**

Los chinos no le producen mejor impresión: **"más de una vez he sentido repugnancia, en la duda de que esos hombres fueran de mi misma especie, al verlos a un nivel más bajo que el de la misma mula que arrastra la carreta cargada de caña... dadas las condiciones generales de la emigración china, la inferioridad de esa raza, su acción nula en el sentido del progreso colectivo, sus costumbres de una indecencia repulsiva, su consumo tan restringido que no sirve de aguijón a la producción nacional, concluyo por declarar... que el Congreso de mi país debe impedir la introducción de coolies en las provincias azucareras del Norte" -18-**

El **"nosotros"** creado por la élite para protegerse y diferenciarse de los sectores sociales que emergían como consecuencia de la nueva situación histórica se hizo más restrictivo a medida que pasaba el tiempo. Impedida de evitar el ascenso económico de los estratos medios, la aristocracia criolla adoptó actitudes, comportamientos y gustos que le permitieran reconocerse y señalar que la posesión de la riqueza debía ir acompañada por un estilo de vida que sólo se adquiriría en la cuna. Así el refinamiento se transformó en un valor social. Lucio V. López, en Don Polidoro, se divierte con las peripecias de los nuevos ricos que derrochaban fortunas en París y regresaban con la misma tosquedad de espíritu con que habían partido. Cambaceres, en Música sentimental, confirmaría que el dinero no lograba disimular los oscuros orígenes sociales: **"trasudaba, es cierto, un quien sabe qué a flamante, un falso aire de tienda de tapicero o casa recién puesta. Dorados y barnices que están diciendo a gritos: aquí hay plata, pero falta el roce del uso que deslustra, las arrugas de la costumbre que quitan el olor a parvenu" -19-**

La mirada científica de los miembros de la elite no haría más que corroborar la visión del mundo anticipada por la literatura. José María Ramos Mejía, en Las multitudes argentinas, escribe acerca del advenedizo al cual denomina guarango: **"Ha recibido las bendiciones de la instrucción en la forma habitual de inyecciones universitarias; pero es un mendicante de la cultura; su corteza afín demasiado áspera por su proximidad al patán, su abolengo inmediato, resiste al vernissage que debe hacer el hogar de tradición, y a falta de él, la cultura universitaria, cuando no es simplemente profesional y utilitaria como la nuestra. Por eso, aún cuando la**

veáis médico, abogado, ingeniero o periodista, le sentiréis a la legua ese olorcillo picante al establo y al Asilo del guarango cuadrado, de los pies a la cabeza. Le veréis insinuarse en la mejor sociedad, ser socio de los mejores centros, miembro de asociaciones selectas y resistir como un héroe al cepillo; le veréis hacer esfuerzos para reformarse y se reformará, a veces; pero cuando menos lo esperéis, saltará inesperadamente la recalcitrante estructura que necesita un par de generaciones para dejar la larva que va adherida a la primera" -20-

Los sinsabores del presente que parecían desmentir la feliz ilusión del progreso continuo, expresados sobre todo por las crisis económicas y las crecientes demandas sociales de las clases populares aumentaron el antiguo descreimiento de la clase dirigente en la democracia. El inefable Cané, desencantado por las convulsiones de la vida democrática, le confiara a su amigo Pellegrini: **"Cada día que pasa y teniendo ante los ojos ejemplo de esta Francia asombrosa, adquiero mayor repugnancia por todas esas imbecilidades juveniles que se llaman Democracia, sufragio universal, régimen parlamentario, etc.. Pero al mismo tiempo voy adquiriendo la convicción de que ni esos principios, ni los contrarios, tienen importancia alguna"** -21-

Y Argerich diría de uno de sus personajes: **"Todo ese brillo falso de las democracias lo había ofuscado desde niño"** -22-

El aumento de la agitación social y la propagación de las ideas anarquistas y socialistas entre los obreros extranjeros alarmó a la clase gobernantes y la forzó a dirigir sus embates hacia quienes las profesaban y reclamaban mejores condiciones de vida. Así se generalizó la convicción de que la sola presencia de los trabajadores perturbaba el orden y la armonía que debían reinar en la sociedad. Argerich no puede menos que lamentar este fenómeno del mundo moderno: **"Desgraciadamente, la mayoría de la población es proletaria o poco más; vive en casas pequeñas, en sus negocios o en cuartos reducidos: de aquí que las criaturas salgan a la calle, que vivan y se eduquen en ella: la disciplina de la familia, que se observa en sociedades constituidas, no existe -y los niños crecen huérfanos de las ideas del hogar; irrespetuosos y sin freno que alcance a dominarlos. Más tarde estos elementos se incorporan a la sociedad para perturbarla y pesar desastrosamente en las cuestiones políticas"** -23-

La aristocracia criolla comenzaba a descubrir las contradicciones que encerraba la modernidad. Porque el crecimiento de la clase obrera impuesto por el progreso implicaba a su vez un inquietante desarrollo de las fuerzas sociales que impugnaban el orden existente desde las trincheras del anarquismo y el socialismo. Y no la preocupaba tanto el presente sino el porvenir maravilloso que había soñado. Roca, que solía ver más lejos que el resto de sus contemporáneos, se lo preguntaría al salir del Hotel de Inmigrantes: **"Qué va a pasar cuando los hijos de esta gente quieran gobernar el país"** -24-

La clase dirigente no tardó en descargar sus miedos y sus prejuicios en los nuevos bárbaros que amenazaban su mundo: los anarquistas y socialistas. El incorregible Cané anticipó el remedio que debía emplearse para corregir estos males: **"Ellos nos suprimen por la dinamita, nosotros los suprimimos por la ley. Debe ser necesario, para los objetivos finales, ese carácter un tanto agrio de la controversia"** -25-

Se preparaba así una versión moderna de la **"guerra de policía"** organizada por Mitre para aniquilar al federalismo provinciano. Ahora se trataba de reprimir con la ley en la mano a los obreros portadores de ideas peligrosas para la Argentina organizada por la élite del '80. El propio Cané se encargó de redactar el instrumento legal: la Ley de Residencia, por la cual se podía expulsar del país a cualquier extranjero cuya actividad fuera considerada perjudicial por el gobierno. La élite comprobó que la presencia de los anarquistas y socialistas entorpecía su ilusión

de conducir al país en orden por el camino del progreso indefinido. Y trató de excluirlos de su modelo, persiguiéndolos, señalándolos como hombres indeseables, enfermos y enemigos de la civilización. Francisco Sicardi, en su Libro extraño, recogería esta condena por boca de uno de sus personajes: **"No apruebo la conducta de algunos agitadores que perturban la conciencia del obrero y que los alejan del trabajo y del ahorro, creando en su espíritu débil utopías peligrosas... No se descuiden los obreros. Aquí está todo por hacer. Los que aconsejan el ocio y la rebelión no aman a la patria, alejan su progreso, dilatan indefinidamente su grandeza, porque la conquista de este país es de los trabajadores... Yo sé cómo viven (los agitadores) no trabajan sino cuando tienen hambre, y en medio de la familia harapienta, entran tambaleándose borrachos con la chispa tétrica del crimen en los ojos. Son indolentes. Viven del odio y de la envidia" -26-**

Y en el afán de denigrar a los obreros rebeldes se acabó por idealizar a los primeros inmigrantes, a los mismos que en su momento se había estigmatizado con los atributos de la avaricia, la miseria, la lujuria, la ignorancia y la bestialidad. El propio Sicardi subraya las diferencias entre unos y otros: **"Estos nunca oyeron en sus casas las quejas femeninas de los impotentes ni la ironía amarga contra el rico, ni las sombrías meditaciones del delito para despojarlos. Eran émulos solamente. Trabajaban para ser tan ricos como ellos... Después vinieron de Europa los enfermos, que formaron el socialismo agresivo y los dementes que predicaron la anarquía" -27-**

La modernidad comenzaba a mostrar sus lunares. Sin embargo, la élite prefirió ignorarlos, negarlos y atribuirlos a fatalismos raciales, biológicos o psicológicos. No vio ni quiso ver su responsabilidad en la sociedad que se estaba gestando. Tampoco pudo aceptar que su modelo tuviese fallas y fuera inadecuado para encaminar al país por la senda de un auténtico y prolongado progreso. Le resultó más cómodo eximirse de culpas y aplicar las políticas a que recomendaban los teóricos europeos, preferentemente los británicos. Y sus ministros continuaron endeudándose con la banca extranjera, concibiendo planes financieros y reformas económicas que se basaban fundamentalmente en las ideas que Ocantos pone en la cabeza del doctor Eneene: **"rebaja de sueldo a todos los empleados de inferior categoría, porque para lo que hacen bien pagados están con cuatro cuartos; supresión de media docena de ordenanzas y de las pastas, que una malísima costumbre había dado de compañía al té de las tres de la tarde, en la oficina. y hasta quizás se hiciera cuestión de gabinete al suprimir también el té. A la tropa palo limpio, dieta perpetua a los maestros e impuestos al buen pueblo, sobre todo impuestos, muchos impuestos; la hacienda no se nivela de otra manera. Con esto y un par de sablazos más a los ingleses, quedaba la situación dominada" -28-**

La élite criolla creía tener en sus manos el remedio a los males que amenazaban al país y se lo administraría en dosis masivas durante largos años. Pero la receta probaría largamente su ineficacia. Sin embargo, pareciera que el fracaso histórico no consiguió destruir el espejismo del 80, porque todavía perdura la ilusión de crear una Argentina para pocos, sin lugar para las clases populares, ajena a su historia, a su cultura y subordinada al primer mundo.

Notas

-1- Charles Vereker. El desarrollo de la teoría política, Bs. As., EUDEBA, 1961, p. 250.

-2- Lucio V. López, La gran aldea, Bs. As., EUDEBA. 1960, p. 38.

- 3- **Blas Matamoro**, La casa porteña. Bs. As.. CEDAL, 1972, p. 44.
- 4- **Fray Mocho**. Cuentos, Bs. As., Sopena, 1940, p. 30.
- 5- **Fray Mocho**. op. cit., p. 62.
- 6- **Lucio V. López**, op. cit., p. 89.
- 7- **Lucio V. Mansilla**. Entre-nos, Bs. As., Hachette, 1963, p. 151.
- 8- **Carlos M. Ocantos**, Quilito, Bs. As., EUDEBA, 1964. p. 177.
- 9- **Lucio V. López**. op. cit., pp. 116-117.
- 10- **Manuel T. Podestá**. Irresponsable. Bs. As., Minerva, 1924. p. 88.
- 11- **Jorge Páez**. El conventillo, Bs. As., CEDAL, 1970. p.15.
- 12- **Jorge Páez**. op. cit., p. 26.
- 13- **Eugenio Cambaceres**, Sin rumbo, Bs. As., CEDAL, 1968, p. 60.
- 14- **Ricardo Rojas**, Historia de la literatura argentina, Bs. As., Losada, 1849, t. VIII. p. 418.
- 15- **Antonio Argerich**. ¿Inocentes o culpables? Madrid, Hyspamérica, 1985, p. 10.
- 16- **Antonio Argerich**. op. cit., pp. 25-28.
- 17- **Miguel Cané**. El viaje, Bs. As., EUDEBA. 1968, p. 77.
- 18- **Santiago Conzález**, Miguel Cané, Bs. As., CEDAL. 1968, pp. 23-24.
- 19- **Eugenio Cambaceres**. Música sentimental, Bs. As., Minerva. 1924. p. 86.
- 20- **José María Ramos Mejía**, Las multitudes argentinas, Bs. As., Kraft 1952, p. 317.
- 21- **Gladys Onega**, La Inmigración en la literatura argentina. Bs. As., 1969, p. 76.
- 22- **Antonio Argerich**. op. cit., p. 124.
- 23- **Antonlo Argerich**, op. cit.. p. 122.
- 24- **Gladys Onega**. op. cit., p. 80.
- 25- **Miguel Cané**. Prosa ligera. Bs. As., La Cultura Argentina, 1919.
- 26- **Abel Posadas**, El Libro extraño" de Sicardi. Bs. As., CEDAL. 1968, pp. 34-35.
- 27- **Abel Posadas**, op. cit., p. 24.
- 28- **Carlos M. Ocantos**, op. cit., p.87